

dita? Pues qué, ¿podrá hacer el hombre lo que la Divinidad no puede? Cuando la verdad y la mentira no caben en el mundo, ¿podrá decir las el hombre:—*Sois hermanas, entrad las dos en el círculo de mi ley?*—Cuando la Historia nos ofrece en sus páginas un antagonismo perpetuo entre los que saben y los que ignoran, entre los que tienen y los que necesitan, ¿podrá decirles la ley:—Quiero reunir en un punto la luz del sol y la obscuridad de la noche, los harapos y la seda, y por eso os convierto á que gustéis como hermanos el néctar que he de ofrecer en el festín de la soberanía?—Sí, podrá decirlo la ley, podrán decirlo los hombres; pero estad ciertos de que, si se reúnen en ese sacrilego festín, no será para beber en una misma copa, sino para darse la muerte ¹.

Es preciso no hacerse ya ilusión: la elección directa ha sucumbido; la indirecta ha quedado sola con los honores del triunfo en el campo del combate, y así debía suceder si se atiende á que todas las ventajas de la posición estaban de parte suya. Con efecto: para la primera no vencer era dejar de existir, cuando para la segunda existir era ya haber vencido. La razón de este fenómeno es muy clara: siendo el sistema de la elección directa un sistema lógico, queda destruído en el instante en que se pone en contacto con cualquiera sistema que no sea él y que rompa su precisión y su armonía; por el contrario, siendo el método indirecto un agregado monstruoso de elementos incoherentes, triunfa siempre que se asimila elementos que pugnando hacen mayor su incoherencia, que es su vida; de aquí resulta que para la elección indirecta transigir era vencer, y para la directa, transigir era condenarse á muerte.

Pero ese suicidio no está consumado aún, porque detrás de la Comisión están los Estamentos, que juzgarán á la Comisión

¹ Cierto: entre la moderna burguesía y las muchedumbres necesitadas no hay beber en una misma copa sino para recibir aquella la muerte ó ser éstas reducidas á la esclavitud. Esta es la historia de los pueblos sentados en las tinieblas del paganismo, hoy redivivo. Pero Donoso no conocía entonces las soluciones católicas de los grandes problemas. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y á su ley. ¡Legisladores! No deis á este pueblo magnánimo una ley que sería el desdoro de este pueblo; que vuestro último legado no sea el legado de una ley que es imposible; que el último saludo que á la nación dirijáis no comprometa su porvenir y su gloria; no creáis á los que os digan que sólo sois legisladores del presente, y que las Cortes que os sucedan cuidarán del porvenir; los que esto puedan aconsejaros no saben que gobernar es prever, y que á los legisladores que sin prever gobiernan les aplicará la posteridad este capítulo de Montesquieu:

Cuando los salvajes de la Luisiana quieren coger fruta, cortan el árbol por el pie y la cogen.

CONCLUSION

Al examinar la base de la ley electoral, he tenido que recurrir á los principios que constituyen la existencia política de las naciones que giran hoy dentro de la órbita de la civilización. Esos principios no son para tratados en el breve espacio de las páginas de un opúsculo, sino en una obra consagrada á resolver los problemas más difíciles que ofrece al entendimiento la más grave y trascendental filosofía. Á los que con mi propia confesión me acusaren, yo les responderé: "Ha pasado el tiempo, no sé si por desgracia ó por fortuna, en que la sociedad, sin voz y sin alas, esperaba tranquila y silenciosa á que el filósofo le enseñara verdades y á que el genio le revelara sus oráculos; ha pasado el tiempo en que sus ojos se dirigían reverentes hacia el gabinete del primero para preguntarle cómo debía pensar, y al santuario del segundo para preguntarle cómo debía obrar y qué debería creer. Una revolución inmensa separa á ese tiempo del tiempo en que vivimos: la sociedad ha sacudido el yuyo de la tutela; ya no escucha á los oráculos: los da; no recibe las verdades: las proclama; no obedece á la voluntad ajena: impone la suya á todos; no pregunta si ha de marchar: marcha; no pregunta si ha de obrar:

obra; los ídolos que recibieren sus adoraciones yacen mutilados á sus pies; en su frente, cubierta antes de ceniza, resplandece una corona: fué esclava ayer, es Reina hoy ¹. ¿Y pensáis acaso que esa Reina, engreída con sus triunfos, se pare en la mitad de su carrera para escuchar de la boca del filósofo las verdades que tenga que enseñarle, cuando haya puesto término al volumen que elabora penosamente en sus vigiliass? ¡Ah! No: trabaja en vano; porque, antes de que mire su obra concluída, mirará una revolución consumada; y una obra entre cuyo principio y cuyo fin ha pasado una revolución, es ininteligible. Sólo la prensa periódica, sin reposarse jamás, sigue á la sociedad en su vuelo y la acompaña en sus transformaciones; sólo el opúsculo puede seguirla, aunque de lejos la sigue: sólo para el opúsculo ligero y para la prensa periódica tiene oídos esa divinidad inexorable. Pues bien: arrojemos en el uno ó en la otra todas las verdades que en otro tiempo hubiéramos depositado en las obras de filosofía; así su poder será mayor y su dominio más seguro; así desaparecerán las distancias en el mundo de la inteligencia; así el reverbero ardiente, en el que se reflejan inflamadas todas las pasiones que disuelven, llevará en su seno también todas las ideas que organizan y fecundan. La prensa periódica y el opúsculo serán antes de mucho el único campo de batalla para todos los que combaten: las ideas combaten también; abridlas el palenque.

¹ Reina, no, sino esclava, porque los Reyes en este sistema doctrinario son únicamente los burgueses.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PRINCIPIOS CONSTITUCIONALES

APLICADOS AL

PROYECTO DE LEY FUNDAMENTAL